

2 Siempre listas

De vuelta en casa de Izzie, toqué el tema. Estábamos en su habitación y ella entró en Internet, en su sitio preferido de astrología para descargar nuestros horóscopos de febrero.

–Oye, Nesta, esto es cierto –dijo Izzie, leyendo lo que había impreso para Leo–. Dice que vas a viajar al exterior.

–Igual que tú y TJ –repuso Nesta–. Nuestro viaje escolar a Florencia.

–Sí. No veo la hora de ir –dijo Izzie–. Mamá no deja de darme libros sobre la ciudad. Quiere que incorpore un poco de cultura: galerías de arte, el talento de siglos pasados.

–Estaba pensando en otra clase de talento –replicó Nesta–: todos esos chicos italianos tan apuestos. Estuve repasando mi italiano para poder charlar con ellos en su idioma.

–Y todas ustedes podrían pasar por italianas –agregué. A diferencia de mí, que tengo cabello rubio y corto, Nesta, TJ e Izzie tienen el pelo largo y oscuro. Ya las imaginaba paseando por las calles de Florencia, con unos anteojos de sol grandes y negros–. Los chicos del lugar van a quedar boquiabiertos.

–Pensé que ya no querrías saber nada de chicos italianos, después de alguien a quien no quiero nombrar –dijo Izzie.

Nesta se echó el cabello hacia atrás.

–¿Te refieres a Luke? Fue un incidente sin importancia. No todos los chicos son como él.

Noté que TJ se veía incómoda y tenía la mirada clavada en el suelo. Luke De Biasi. Un canalla en el amor y el primer chico que estuvo a punto de separarnos como amigas. Estaba saliendo con Nesta y le declaró amor eterno a TJ, que creo que realmente se enamoró de él. Las cosas se pusieron muy feas por un tiempo. Nesta estaba desolada; TJ, súper confundida. Yo me puse del lado de Nesta, e Izzie, del lado de TJ. Fue horrible. Al final, todas decidimos que no valía la pena perder nuestra amistad por un chico, y menos por un mentiroso, y se quedó solo. Pero creo que a TJ la afectó más de lo que ella demuestra. Creo que realmente pensó que Luke era su alma gemela.

Nesta no es la clase de chica que busca su alma gemela. Ella colecciona corazones como otras juntan camisetas. Quiere experimentar lo más posible, dice, y con su belleza exótica (es mitad italiana y mitad jamaiquina), nunca le faltan admiradores.

—¿Qué dice el mío? —preguntó TJ.

Izzie miró la pantalla.

—A ver... Sagitario. *Nuevos horizontes se abrirán para ti.*

—Será mi primera vez en Italia; creo que eso cuenta como un nuevo horizonte —dijo.

Izzie me miró con compasión.

—Ojalá pudieras venir, Lucy —admitió.

—Sí —coincidió TJ—. ¿No hay manera de que puedas? Dicen que quedan un par de lugares. Parece que Alice Riley y Georgia Watson cancelaron.

Meneé la cabeza.

—Imposible. En este momento, mi familia no puede pagar un viaje de 200 kilómetros en autobús, mucho menos uno en avión a Italia. ¿Qué dice mi horóscopo, Iz?

Izzie pulsó algunas teclas y obtuvo las predicciones para Géminis.

—Ah. Hum. Suena ambiguo. *Algo que vienes pensando desde hace un tiempo va a alcanzar un punto decisivo y tendrás que resolver qué quieres hacer.* No sé. ¿A qué crees que se refiera?

—A Tony —respondí.

Hace tiempo que salgo en forma intermitente con el hermano mayor de Nesta, y últimamente nos hemos establecido como pareja. Tenemos citas con regularidad. Nos llamamos con regularidad. Nos besamos con regularidad cuando nuestros padres salen. La primera vez que lo vi fue cruzando la calle en Highgate, frente a su escuela. Lindo, moreno, con una boca ancha irresistible. Fue amor a primera vista. La razón por la que yo nunca había querido tener una relación más seria con Tony era que él siempre quería llevar las cosas un paso más allá... más allá en el sentido de pasar de la sala al dormitorio. Yo no me sentía lista, y además, puede que él sea el amor de mi vida, pero no soy ciega. Puede tener a cualquier chica que se le ocurra y le gustan los desafíos. Hasta ahora, he sido un desafío porque nunca lo dejé avanzar. No era mi intención tener una relación tan estable a esta altura de mi vida. Yo quería ser como Nesta y divertirme un poco más. Aún no cumpla los quince y pensaba que más adelante tendría tiempo de sobra para tener noviazgos serios, pero una no elige de quién se va a enamorar. Entonces llegó Tony y todo empezó a suceder. Y aún sucede. Pero me lleva tres años; quiere acostarse conmigo y no va a esperar para siempre.

—¿Cómo que “a Tony”? —se sorprendió Nesta.

—Bueno, él me gusta mucho, así que estoy pensando en ir hasta el fondo.

TJ levantó la vista de uno de los libros de Izzie que estaba leyendo.

—¿Hasta el fondo? —preguntó—. ¿Vas a ir al patio con Tony?

Reí. A veces pienso que TJ está en otro planeta.

—No, tonta. Hasta el fondo del asunto.

—¿Hasta el fondo? Vaya —dijo Nesta—. Caray.

Izzie se apartó de la computadora.

—Es un poco repentino —observó—. ¿Estás segura?

—Sí. No. Digo, ¿por qué no? Y, en realidad, no es tan repentino. Hace tiempo que vengo pensándolo. Alguna vez hay que hacerlo, y ya hace bastante que conozco a Tony y nos gustamos mucho...

–Sí, pero siempre dijiste que no querías apurar las cosas –me recordó Izzie.
–Pero no las estamos apurando –protesté–. Hace muchísimo que estamos juntos. ¿Por qué no hacer lo que él quiere? Alguna vez tengo que hacerlo.

–Sí, pero ¿con *Tony*? –dijo Nesta, con cara de asco.

–Además, suena como si fuera un trabajo –agregó Izzie–, cuando dices que alguna vez hay que hacerlo. Como si fuera parte de una lista de tareas: limpiar mi habitación, hacer la tarea para la escuela, acostarme con mi novio.

Suspiré. No podía negar que me parecía un poco así. Como un examen que se estuviera acercando. No puedo decir que estuviera ansiosa por hacerlo, pues no sé si lo haré bien. Ya fue bastante malo preocuparme por si sabría besar, pero todo el mundo tiene que hacerlo tarde o temprano, entonces ¿por qué no hacerlo con alguien que me gusta tanto como *Tony*?

–¿Cuándo? –preguntó TJ.

–No lo sé. Aún no me decido del todo. Es decir... ni siquiera le dije que lo estoy pensando.

–¿Dónde? –preguntó Izzie.

–¿Dónde? No lo sé. Vamos, ya les dije que aún no estoy decidida del todo. Primero quería hablar con ustedes.

–Bueno, yo no creo que debas hacerlo –opinó Nesta–. Ni siquiera tienes quince años, y él tiene dieciocho.

–Sí, pero si lo está pensando –dijo Izzie, volviéndose hacia Nesta–, más vale que esté preparada. No querrá que su mamá la encuentre con su novio en ropa interior en el sofá de la sala. Le daría un ataque.

–Eh, disculpen –intervine–. También estoy aquí.

Izzie se volvió hacia mí.

–En serio, Lucy –dijo–. ¿Lo pensaste bien?

–Sí y no. Tal vez no el momento y el lugar, pero ¿cómo se puede planear cuando hay amor? Seguramente se presentará el momento

indicado. Simplemente lo sabremos, y si estamos en un lugar donde no hay problemas, entonces...

Nesta se cruzó de brazos.

–No –dijo–. Eres demasiado joven.

Izzie lanzó un bufido.

–Hablas como mi mamá –protestó, y luego puso una voz altisonante–. Lucy Lovering, eres *demasiado* joven.

–Es que es cierto, Lucy; lo eres –insistió Nesta–. Leí por ahí que, en promedio, la mayoría de la gente pierde la virginidad a los diecisiete años.

–¿Y qué? –repliqué–. ¿Quién quiere ser parte del promedio? De todos modos, leí en una revista de mi mamá que la cuarta parte de los adolescentes pierde la virginidad antes de los quince. Ahí tienes. Creo que solo me dices que no lo haga porque quieres ser la primera.

–No es así. Yo no quiero hacerlo hasta que haya estado con alguien muchísimo tiempo y esté muy, pero muy enamorada.

–Pero yo amo a Tony.

–Estoy de acuerdo con Nesta –dijo Izzie–. En serio, Lucy, no tienes suficiente edad. Creo que solo lo haces para darle el gusto.

Suspiré.

–Aquí vamos de nuevo. Estoy harta de que me digan que no tengo edad suficiente. Es la historia de mi vida. No tengo edad suficiente. No tengo edad suficiente. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Por qué no? Hace muchísimo que conozco a Tony, y ¿por qué no querría darle el gusto? Él hace muchas cosas por mí...

–Condomes –me interrumpió TJ.

–¿Qué hay con ellos? –le pregunté.

–Vas a necesitarlos. ¿Tienes?

–No. ¿Por qué?

–¡Qué pregunta! Por el sexo seguro, tonta, y necesitas protegerte de las ETS.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–Las enfermedades de transmisión sexual –explicó TJ. Ella es nuestra experta en temas de salud. Sus padres son médicos, de modo que ella aprende mucho sobre enfermedades y esas cosas–. Dice mi mamá que la mayoría de los pacientes que atiende en su consultorio y que han tenido relaciones sin protección tienen clamidias.

–¿Qué es una clamidia? –pregunté–. Parece el nombre de una chica elegante: Lady Clamidia Armstrong Loquesea.

TJ rio.

–Sí, pero no es un nombre. Es una enfermedad muy común; aparentemente tiene pocos efectos secundarios y por eso mucha gente no se da cuenta de que la tiene, pero si no se la trata, puede provocar infertilidad.

–Clamidia, condones, ETS, embarazos no deseados –dije–. ¿Dónde quedó el romanticismo?

Nesta suspiró.

–¿Lo ves? –agregó–. Tienes la cabeza en las nubes.

–Sí. Hay que ser responsable –dijo TJ–. No querrás quedar embarazada.

–¿Desde cuándo ustedes son tan... tan aguafiestas? –pregunté, al ver cómo mi fantasía iba perdiendo su atractivo.

–No somos aguafiestas –repuso Nesta–. Somos tus amigas. Estamos cuidándote.

–*Bab*. A mí me parece que me están atacando.

–No es así –dijo Izzie–. Solo que es mejor estar preparada. Saber en qué te estás metiendo. Ya sé: vamos a buscar condones en Internet. Voy a entrar a un buscador.

Pulsó algunas teclas y, un momento después, apareció en la pantalla toda una lista de sitios. Al cabo de unos segundos, Izzie se echó a reír.

–¡Dios mío! Aquí se puede conseguir de todo. Mira, ¡aquí hay uno para ti! Lo leeré –dijo Izzie, observando la pantalla–. “Sorprende a tu pareja y agrega una nueva dimensión a tu vida con un condón que brilla en la oscuridad. Será una noche inolvidable.”

Todas lanzamos una carcajada. La imagen de Tony con un condón fosforescente era graciosísima.

–Hay muchos más –dijo Izzie, bajando por la pantalla–. ¡Dios mío! ¡No sabía que había tantas clases distintas!

–¿Como cuáles? ¿Pequeño, mediano y mentiroso? –pregunté.

–Hay de todo... –respondió Izzie, riendo, y todas nos apiñamos en torno a la computadora para ver mejor.

Estábamos tan entretenidas recorriendo las páginas y riendo a más no poder con todas las variedades que aparecían que no nos dimos cuenta de que se había abierto la puerta y había entrado la mamá de Izzie.

–¿Qué es tan gracioso? –preguntó.

Izzie casi se muere del susto.

–¡Mamá! ¡Te dije que golpearas! –protestó, mientras ocultaba rápidamente el sitio Web y ponía su mejor cara inocente.

Cuando la señora Foster nos miró con suspicacia, sentí que empezaba a ruborizarme y rogué que eso no nos delatara. Ella puede ser muy intimidatoria, cuando quiere. Es muy distinta de mi mamá, que es más accesible y parece una vieja hippie. La señora Foster es una adulta hecha y derecha, siempre de tacos altos y ropa inmaculada, nunca un cabello fuera de lugar.

–¿Qué estarían haciendo que no quieren que me entere? –preguntó, levantando la nariz en el aire y olfateando–. No habrán estado fumando, ¿verdad?

–Mamá –rezongó Izzie–. No fumo. Ni pienso fumar. Déjame en paz. La señora Foster se encogió de hombros.

–Bueno. Me voy al supermercado y quería saber si alguna de ustedes se quedará a almorzar tarde o a cenar temprano.

–No –dijo Izzie, mirándome con intención–. Tenemos que ir a mirar vidrieras, es muy importante.

–¿Para qué? –preguntó la señora Foster–. ¿Para Italia?

Izzie guiñó un ojo.

–Algo que aprendimos de las Niñas Exploradoras –respondió–. Ya sabes cuál es su lema: siempre listas.

Eso nos hizo reír a todas otra vez.

La señora Foster parecía intrigada.

–Bueno –dijo–. Como quieran.

Lema de las Niñas Exploradoras: *Siempre listas.*

3

Pros y contras de la pasta dental

Nuestra primera escala fue en una farmacia de East Finchley para comprar quitaesmaltes para Izzie.

–Ahora, hablando en serio –dijo TJ, mientras caminábamos por la calle principal–, tienes que pensar en la anticoncepción. No puedes esperar que el chico asuma toda la responsabilidad.

–Supongo que no –respondí. Aún sentía que las chicas habían aplacado mucho mi entusiasmo. Una parte de mí entendía que tenían razón: no lo había pensado tan bien, pero por otro lado sentía que ellas no querían que yo fuese la primera en hacer algo, por una vez–. No estaría de más mirar qué venden en la farmacia –agregué–. Como tú dijiste, hay que estar preparada, y no puedo comprarlos por Internet.

–De acuerdo –dijo Izzie–. ¿Adónde quieres ir? Los vendedores de la farmacia Cootes son muy atentos. Seguro que podrán ayudarte.

–Ni lo sueñes –contesté–. Mi mamá suele ir allí. Ya la imagino entrando a comprar champú o algo así y a ellos contándole que su querida hija virginal estuvo mirando condones.

–Hay muchas otras farmacias –dijo TJ–. Hay una justo al final de esta calle. No suele haber mucha gente y no queremos que nadie nos vea examinando la mercadería.

Caminamos hasta la última hilera de comercios y nos quedamos frente a la farmacia, simulando mirar los productos en la vidriera, hasta que Izzie señaló que todas estábamos observando una promoción de una pomada para las hemorroides.

–*Humm*. Nada fascinante –dijo.

–Nesta, por favor, ¿puedes ir a mirar por mí? –le pedí–. Apenas me vea, el farmacéutico va a decirme el consabido “no tienes edad suficiente”.

–Pero si no vas a comprar nada –comentó Izzie.

–Aun así –respondí–, no soporto la idea de volver a oír esa frase, y tú pareces la mayor de todas.

–Claro, iré a ver por ti –dijo Nesta–. Simularé que soy un personaje de una película y que estoy a punto de viajar con mi amante a pasar un fin de semana romántico en París.

–Lo que quieras –dije. Estaba acostumbrada a que Nesta actuara escenas de películas en su cabeza. Quiere ser actriz cuando termine la escuela, y está convencida de que todo momento es propicio para practicar–. Las demás podemos entrar contigo y mirar el maquillaje o algo así.

Entramos a la farmacia y, mientras la vendedora atendía a un cliente, recorrimos minuciosamente los exhibidores.

–Allá –dijo Izzie al cabo de unos minutos–, a la izquierda de la caja.

Esperamos hasta que salió el cliente y la farmacia quedó vacía; luego Nesta se irguió lo más que pudo y se dirigió a la caja. Miró los condones que había y luego vino hasta donde estábamos, del otro lado del local.

–Tienen de todo tipo: superfinos, extralubricados, extraseguros, texturados, lisos...

Hice una mueca.

–Suenan horribles. Parecen pantimedias de vieja.

–Y vienen en paquetes de tres o doce.

Sentí que empezaba a ruborizarme.

–¿Doce? Por favor. ¿Cuánto costarán? Digo, el paquete de tres. Probablemente tienen puesto el precio, o puedes preguntarle a la vendedora.

–De acuerdo –dijo Nesta, y volvió al mostrador. Estaba a punto de tomar un paquete cuando sonó la campanilla de la puerta, indicando que había entrado otro cliente. La cara de Nesta cambió de repente. Quedó boquiabierta al ver quién era y retiró rápidamente la mano de los condones. En el fondo de la farmacia, Izzie, TJ y yo nos escondimos a toda prisa detrás de un enorme muestrario de anteojos.

–*¡Señora Allen!* –exclamó Nesta, con una enorme sonrisa falsa–. Qué agradable sorpresa. Esteee... sí, ¿mentol o blanqueador? Siempre es tan difícil decidir, ¿no?

Tomó un tubo de pasta dental y lo sostuvo frente a la cara de nuestra directora. La señora Allen la miró, intrigada.

–Sí, Nesta, supongo que sí –respondió, al tiempo que agarraba un paquete de aspirinas–. Mientras tú analizas los pros y los contras de la pasta dental, ¿te importa si me adelanto? Estoy un poco apurada.

–Ay, no. Digo, sí, por favor, pase usted primero –balbuceó Nesta, perdiendo la compostura por un instante y echando un vistazo hacia nosotras–. Tengo otras cosas que comprar.

Volvió deprisa a nuestro lado de la farmacia y pareció confundida al no vernos.

La señora Allen pagó su compra y se encaminó a la puerta.

–Detrás del mostrador de los anteojos –dijo, sin dejar de mirar al frente.

–¿Qué? ¿Quién? –preguntó Nesta, esforzándose por poner su mejor cara inocente.

–Tus amigas –respondió la señora Allen–. Lucy Lovering, Izzie Foster y Theresa Watts. No sé por qué, pero están acurrucadas detrás de los anteojos.

Nesta se dio vuelta y miró hacia el exhibidor. Izzie, que se había puesto unas gafas de sol grandes y negras, asomó la cabeza y saludó con un gesto desganado a la señora Allen mientras esta salía de la farmacia.

–Juro que ni siquiera miró hacia acá –dijo Izzie cuando Nesta se acercó deprisa–. Debe de ser un requisito para el empleo de directora. Tener ojos en la nuca.

Nesta se acercó al escaparate y miró hacia la calle.

–Entró en la peluquería –dijo–. No hay moros en la costa.

–¿Buscaban algo, chicas? –nos preguntó la vendedora, que ya empezaba a mirarnos con suspicacia.

–Eh... sí. Solo queríamos unas almohadillas para quitar el maquillaje –respondió Nesta.

Estaba a punto de volver al mostrador cuando, una vez más, sonó la campanilla de la puerta y entró otro cliente.

–Hoy no es nuestro día, ¿verdad? –dijo Izzie, cuando todas nos escondimos nuevamente detrás del exhibidor de anteojos.

–No –respondí, y luego señalé las gafas que había allí–. No queremos que nos vean mal.

TJ lanzó una risita que me tentó, y luego a Izzie.

–Cálmense, chicas –nos hizo callar Nesta.

–¿Quién es? –le pregunté–. ¿Puedes ver quién entró? Mejor fíjate que no sea la señora Allen, que volvió a buscar gotitas para su par extra de ojos o algo así.

Nesta asomó la cabeza por el costado del exhibidor.

–Dios mío, agáchense –dijo–. Es Candice Carter.

–Ay, no –rezongué. Candice va al mismo curso que nosotras, pero es una de las más chismosas de toda la escuela. Cualquier cosa que le cuenten se desparrama como la gripe asiática.

–Probablemente vino a buscar más de esa tintura que se pone en el pelo –sugirió Izzie. Candice siempre estaba haciendo experimentos con el color de su cabello. Últimamente lo tenía de un brillante tono frambuesa.

–No. No, no lo creo, porque los productos para el pelo están en la entrada –respondió Nesta–. Está... ah, parece que está comprando condones. Se la ve muy nerviosa. Está mirando alrededor para vigilar que nadie la vea.

Todas nos quedamos muy quietas mientras Nesta trataba de ver lo que pasaba.

–Dios mío –dijo, al cabo de un rato–. Nunca van a adivinar lo que compró.

–¿Qué compró? –pregunté, cuando al fin volvió a sonar la campanilla indicando que Candice había salido.

–¡Una prueba de embarazo! –respondió Nesta.

–Estás bromeando –dijo Izzie–. ¿Candice?

–Dios mío –dije–. ¿Será que lo está? Embarazada, digo. Hace meses que sale con Elliot, un chico de la escuela Wood Green. ¿Habrán tenido relaciones?

–Yo diría que es seguro que sí, por lo que acabo de ver –comentó Nesta.

Nos quedamos un momento mirándonos en silencio.

–Chicas –nos dijo la vendedora, que apareció de pronto por el costado del exhibidor–, ¿se han decidido ya? ¿Quieren comprar algo o no?

Nesta me miró y levantó una ceja.

–¿Lucy?

–Sí –respondí–. Estee... ¿venden cinturones de castidad?

Se necesita directora.

Requisito: poseer dos pares de ojos.

